

Fragmentos del libro "De solo estar"

Manuel J. Castilla-1957

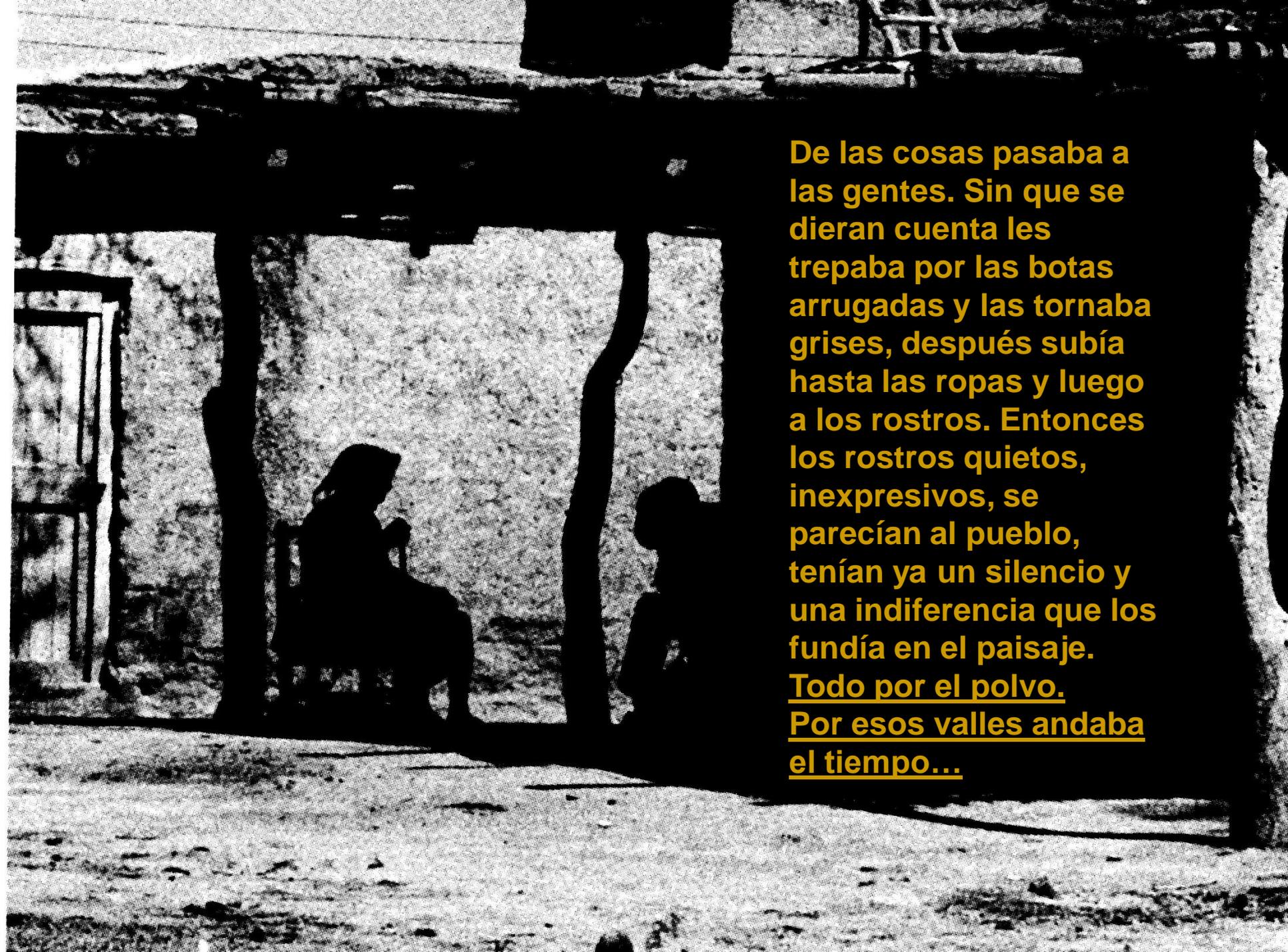


Era casi de barro el pueblo. Polvo sobre polvo. La tierra pegajosa se alzaba en los callejones como un polen y se asentaba en los chañares y en los algarrobos. A veces se posaba en el alma; también y en el tiempo. Y el tiempo estaba quieto allí hacía muchos años, cavado y carcomido. Una sola masa marrón era todo, manchada de islotes verdes alzados en apescuñamiento de talas y yuyarales con flores doradas.

El polvo, casi impalpable, invadía por senderos y **matorrales** lo que estaba en pie, lo que había perdurado del olvido y **de la intemperie silenciosa**.

Había una persistencia obsesiva en ese polvo. Rodeaba las cosas como un aire corpóreo y las **envejecía**. Les iba **quitando el color** hasta que las apagaba. Era **como si las cosas perdieran su voz**, como si su sangre se les fuera **enterrando más y más y se muriese**.





De las cosas pasaba a las gentes. Sin que se dieran cuenta les trepaba por las botas arrugadas y las tornaba grises, después subía hasta las ropas y luego a los rostros. Entonces los rostros quietos, inexpresivos, se parecían al pueblo, tenían ya un silencio y una indiferencia que los fundía en el paisaje. Todo por el polvo. Por esos valles andaba el tiempo...



Otras veces el tiempo se quedaba quieto en los valles. Parecía que un estremecimiento del tiempo recorría las columnas al resecarse el barro y les dejaba una huellas de hondas nervaduras, de arrugas cavadas silenciosamente por el viento.



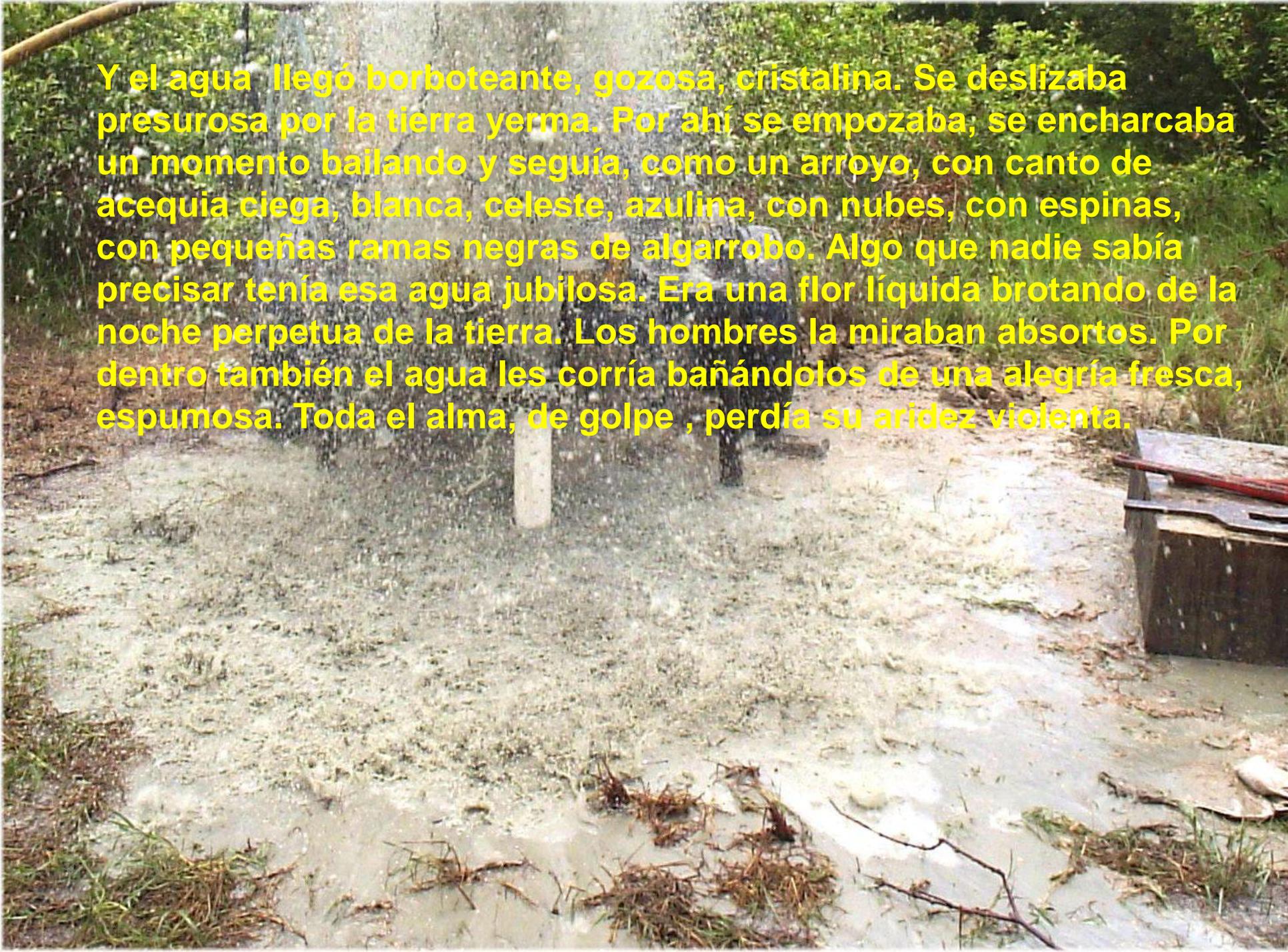
Un día dejaron una máquina de perforar. Buscaban agua. Nadie había creído nunca en la entraña húmeda de la tierra. Años de sal y de vientos incesantes pesaban su triste aridez. El agua era un sueño, un puro sueño. Algo que manda Dios pero que allí no estaba desde hacía muchos años. Cuando llegó el momento de probar a la tierra, la gente silenciosa, casi su sombra, se fue arrimando a la máquina.

Un tractor rojo hizo girar la polea en medio de la tarde. Había en cada hombre como una angustia presa, contenida. Una avidez de agua, un fervor sediento. Años de siembras chamuscadas por soles indomables, años de semillas quemadas por la sal de la tierra, parecían renacer de golpe, tristemente, en los ojos de los peones, de los propietarios morenos, de los arrenderos.

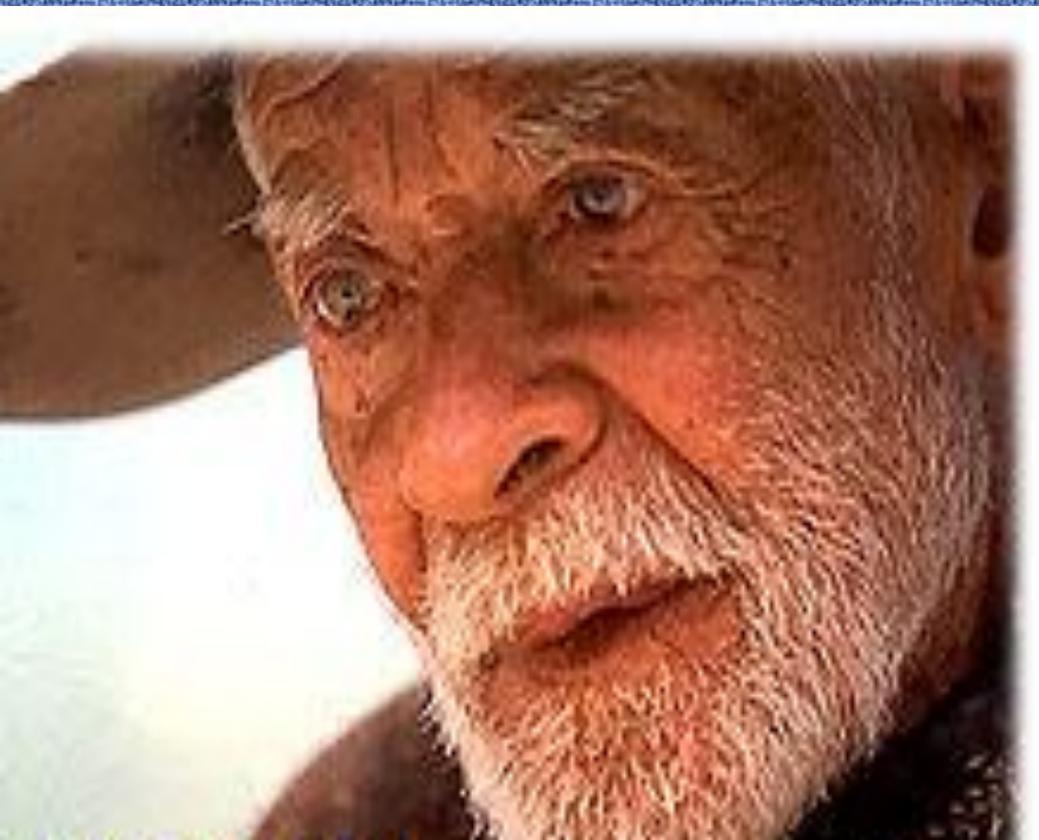
Un zumbido que abarcaba todo el aire quebró de pronto la paz de la tarde. El tractor bramaba incesantemente y hacía girar la polea. Los ojos de todos estaban fijos en la boca del caño por donde saldría el agua.



Y el agua llegó borboteante, gozosa, cristalina. Se deslizaba presurosa por la tierra yerma. Por ahí se empozaba, se encharcaba un momento bailando y seguía, como un arroyo, con canto de acequia ciega, blanca, celeste, azulina, con nubes, con espigas, con pequeñas ramas negras de algarrobo. Algo que nadie sabía precisar tenía esa agua jubilosa. Era una flor líquida brotando de la noche perpetua de la tierra. Los hombres la miraban absortos. Por dentro también el agua les corría bañándolos de una alegría fresca, espumosa. Toda el alma, de golpe, perdía su aridez violenta.



Entonces fue cuando se vio a Zoilo, al peón, al arrendero que cargaba sobre sí cincuenta años de sembrar inútilmente, arrimarse al chorro. Se arrodilló como ante un dios nuevo y ahuecó sus manos oscuras. El agua quedó entre sus dedos, quieta, reflejando el ala del sombrero negro. Después bajó la cabeza y la sorbió. Le tomó el gusto doblado sobre la tierra. No era salada.



Cuando alzó la vista toda la luz del día le cantaba en los ojos. En su rostro se abría como una brecha limpia. Su corazón sonaba como una campana húmeda.

-Es el tiempo- pensaron.